

hijo de Dios en Cristo, llamado a la santidad, convocado a participar en la vida divina, y no al cumplimiento de un mínimo de preceptos y obligaciones. Siguiendo a Pinckaers, el autor afirma, pues, la especificidad de la moral cristiana, porque «Cristo de tal modo fundamenta la moral que lo cambia todo, incluso los preceptos categoriales (...). Todo el conjunto de los mandamientos adquiere una nueva dimensión y quedan transformados desde el interior» (p. 189). Con esta perspectiva, Sayés estudia la relación entre la Ley Antigua y la Ley Nueva en la enseñanza de Cristo y en la teología de San Pablo.

Termina la obra con un apéndice en el que el autor, junto con la moral formal de Kant, alude brevemente a algunas éticas irracionales como la ética de situación y la propuesta por algunos exponentes del positivismo lógico.

El libro de José Antonio Sayés tiene la virtud de ser claro y de ofrecer al lector no iniciado en los problemas actuales de la Teología Moral, una información sucinta sobre las corrientes morales más relevantes y sobre los enfoques de la *Veritatis splendor* con respecto a las cuestiones más debatidas en este terreno.

T. Trigo

Jean STAROBINSKI, *Largesse*, University of Chicago Press, Chicago 1997, 211 pp., ISBN 02-26771-35-0

En 1990, el departamento de artes gráficas del Museo del Louvre inició un programa llamado *Parti Pris* en el que algunos famosos de la cultura moderna fueron invitados a montar exhibiciones usando las colecciones del museo. Tras el filósofo Jacques Derrida y el cineasta Peter Greenaway, le tocó el turno a Jean Starobinski, el famoso erudito en Jean-

Jacques Rousseau, profesor emérito en la Universidad de Ginebra, que decidió montar su exhibición en 1994 sobre una fascinante cualidad clásica, *Largesse*, es decir, la largueza, largura, liberalidad, generosidad, esplendidez. La versión inglesa de su ensayo se ha publicado acompañada con un centenar de dibujos y grabados, y la combinación de texto y arte gráfico redobla con gran poder el placer de su lectura e invita a la reflexión, empezando por la magnífica reproducción de la portada donde vemos a Eva ofreciendo la manzana a Adán en la versión de Corregio en el Louvre, uno de los más bellos dibujos de toda la historia del arte.

Starobinski abre su ensayo con un pasaje de Rousseau soñador y paseante solitario que recoge con precisión el sentimiento de una época crucial en la historia de lo sentimental. La anécdota reaparece en el texto porque contra ella, por así decirlo, se lanzó luego furioso Baudelaire, y sería recontada por el católico Huysmans en una de sus novelas aunque con otra intención. A partir de ese momento estamos en manos de un escritor de asombrosa cultura y erudición, consciente a finales del siglo XX de que dar y recibir, regalar y agradecer, son gestos humanos fundamentales con una infinita variedad. La facilidad con que puede llevarnos de Rousseau a Nerón, de Séneca (autor de *De Beneficiis* que Diderot leyó varias veces llorando) a las obras de misericordia, o del caballo de Troya al mundo bíblico de Eva y de Abraham, o de Salomé y Herodes (con su sangriento regalo; «en Herodes, se nos ofrece un retrato del amante del arte» escribe Starobinski después en una asombrosa aseveración); o a las aguas prometidas a la mujer samaritana; y del genial Victor Hugo a una famosa escena de Eisenstein en «Iván el Terrible»; de Boecio a Shakes-

peare o Alfred Jarry, de Goethe a «La fiesta de Babette», etcétera, etcétera, es a menudo genial y era de esperar en un ensayo sobre la generosidad y largueza.

Empieza Starobinski con la clásica *sparsio* de los romanos y sus espectaculares *missilia* (monedas, pan, regalos) lanzados a voleo en los circos o lugares públicos siempre con gran ostentación (Montesquieu iba a observar que «los peores emperadores romanos eran los que más habían dado»); pero desde la primera página (y la magnífica portada con el dibujo de Corregio) estamos también en presencia del «regalo mortal» que trae consigo la desgracia y la muerte. El libro recorre muy libremente, como si se tratara de una danza, la liberalidad en la Ostentación, la Fortuna, la Caridad, y la Poesía.

Después de dos mil años de cristianismo, uno vuelve a recordar que en el espíritu de la moral antigua era más honorable dar sin condiciones que pagar una deuda o esperar una recompensa. Hay regalos divinos y regalos humanos, y en el antiguo y nuevo Testamento la orientación vertical y horizontal de esos dones son «inseparables» y «la ayuda que el hombre bueno provee a otros tiene el valor de un regalo hecho a Dios». La misma Escritura ofrece un testimonio fundamental sobre la liberalidad divina y la naturaleza humana; Starobinski ve en la palabra «abundancia», las olas (*unda*) que llegan sin término en una recepción que a su vez se derrama en nueva distribución sin límite (la gracia). El cristianismo ofrecerá una nueva interpretación de la pobreza y una conducta social nueva con la Caridad.

En un capítulo titulado «Poesía», Starobinski repasa la atención privilegiada que el don, en su verdad o perversión, tuvo en Charles Baudelaire,

como si el poeta sugiriera que «lo más precioso que uno puede recibir dentro de uno mismo es el poder de dar; y lo más precioso que uno puede dar a otros es aquello que despierta en ellos la capacidad de dar». Con la condena del «esteticismo», del arte por el arte, o de la religión de lo bello, Starobinski viene al tema del artista como dador, y lamentando la disminución (desaparición sería demasiado pesimista) del deseo en los artistas de dar en sus obras, de hacer un arte votivo, oferente, y también un arte que sea acción de gracias. El artista es «como una fuente de regalos» y es esta esencia suya la que les hace «sentirse llamados a conocer y quizás también a gobernar el mundo junto a los poderes que gobiernan las naciones, comisionados por ellos, aunque no con la misma autoridad que ellos tienen». Cita con admiración conclusiva, y no sólo para los artistas, una poesía de André Frénaud que es una reformulación del *cogito* en oposición a todo tipo de soberbia y orgullo. De la cita escojo aquí estas líneas:

*Je me donne donc je suis, un instant
Je me rends libre, j'existe désespérée
Je donne et je reçois, je donne, ainsi
je suis.*

¿Cuál es el presente de la largueza? La antigua *largitio* y *sparsio* de los romanos, la ve Starobinski transformada ahora en la «difusión inexhaustible» de imágenes, de objetos regalados, de incentivos gratis para conseguir más ventas, hasta de órganos corporales donados, de esa abundancia de fábula sin fin, y a veces sin sentido, que es la sociedad de consumo. Pero observa que en mucho de ese «dar» no hay un sacrificio consciente sino que abunda el ilusionismo, un arsenal de engaño, muchas veces, desgraciadamente, el engaño de uno mismo. Damos pero sin darnos. Damos lo que no tendríamos

que dar. Vivimos en la prodigalidad (siempre pecado para Tomás de Aquino como recuerda Starobinski) y nunca vemos la miseria que nos rodea gracias a nuestros trucos para no verla. La lista podría ser otro ensayo tan largo como el de Starobinski. «Es la serpiente», escribe al acabar, «que algunas veces susurra en nuestro oído que los regalos de los que somos testigos no son verdaderos regalos, sino sólo el disfraz del egoísmo». Se lamenta de que hermosas palabras, clásicas y cristianas, como «Liberalidad» y «Caridad» hayan desaparecido para dar lugar a otras como «Solidaridad» en la que generalmente sólo existe una dimensión horizontal (el vocablo inicia ese sentido moderno en 1795, so color revolucionario).

Termina este ensayo magníficamente ilustrado con un *envoi* para volver a empezar, para no perder el sentido del don y del regalo porque quizá el poeta haya expresado uno de los pensamientos más profundos, en donde se puede fundar toda una filosofía de la vida y de la muerte, al escribir «Je me donne donc je suis». *Dono ergo sum*. Somos lo que recibimos y lo que damos.

Á. de Silva

Abelardo DEL VIGO GUTIÉRREZ, *Cambistas, mercaderes y banqueros en el Siglo de Oro español*, Biblioteca de Autores Cristianos (BAC), Madrid 1997, 498 pp., 12 x 20, ISBN 84-7914-308-8.

Acercarse a la dimensión moral de la realidad económica presente desde el estudio de fuentes teológicas del siglo XVI —lejanas tanto en el tiempo como en el plano económico, cultural y teológico— puede suscitar en el lector una primera reacción de sospecha, que atribuya ese proceder a un recurso a la his-

toria como refugio, como un modo de evadir la complejidad del presente. Sería, sin embargo, un juicio injustificado, si se tiene en cuenta que destacados economistas e historiadores contemporáneos —entre ellos J. A. Schumpeter, por citar al que quizá alcanza mayor influjo— han puesto de manifiesto la importancia que revisten los escritos teológicos escolásticos en el ámbito de la historia del pensamiento económico. En particular, dentro de ese amplio y variado conjunto de las fuentes escolásticas, adquieren singular relieve los escritos de los teólogos españoles del Siglo de Oro, que pudieron observar y analizar la significación moral y económica de los fenómenos que dieron lugar al nacimiento de la economía moderna.

El libro consta de tres partes. La tercera, objetivo central de la atención del autor, se adentra propiamente en la reflexión moral sobre la actividad crediticia y financiera del XVI o, más concretamente, sobre la consideración moral del oficio de cambista (banquero) y de las operaciones financieras de intercambio de dinero, desde los escritos que llegaron a denominarse con el título genérico de tratados *de cambiis*. Tras caracterizar la figura del cambista y la naturaleza del contrato de cambio, se analizan los núcleos de la doctrina moral sobre los cambios en general, para dar paso finalmente al juicio que merecen las distintas categorías de cambio.

Las otras dos partes del libro tratan de situar el cuerpo de la exposición en lo que constituye su contexto remoto y próximo. La primera de ellas dibuja las líneas principales del marco histórico, económico, ideológico e institucional. La segunda parte ofrece un amplio catálogo de los treinta autores estudiados con una breve indicación biográfica sobre